

que aquellos isleños era gente mansa y sencilla, y que estaban atónitos, mirando á los cristianos, espantados de las barbas, blancura y vestidos; les dió algunos gorros colorados, cuentas de vidrio que se echaban al cuello y otras cosas de poca importancia, que estimaron más que si fuesen piedras preciosas; admirándose también los castellanos de ver aquella gente desnuda, su talle, y costumbres particulares en trajes y facciones.

Se reconoció después, que habían mirado á los europeos como hombres de una especie particular y de un orden superior. Defacto, había grandes diferencias entre unos y otros: los bárbaros tenían los cabellos gruesos y muy negros, cortados sobre las orejas; y muchos, que los traían algo largos, los tenían atados con un cordón grueso alrededor de la cabeza, á modo de trenza, y como gente que parecía de la primera simplicidad. Iban todos desnudos, hombres y mujeres, como nacieron, sin tener un pelo en todo su cuerpo; y veían, al contrario, los castellanos con barbas largas y el pecho cargado de pelo, y más les causaba admiración á ellos ver los nuestros vestidos, que á los europeos verlos desnudos. (\*) En fin, el color del cutis y las facciones de la cara eran tan diferentes en unos y en otros, que no cesaban de

(\*) Igual admiración de los europeos y bárbaros.

mirarse recíprocamente, siendo igual la admiración. Unos estaban pintados de blanco, otros de negro y otros de colorado: algunos en la cara, otros en todo el cuerpo, y algunos solamente en los ojos y la nariz. Afeite que, lejos de adornarlos, los hacía más feos; pues, aunque tenían buenas caras y facciones, las frentes que usaban tan anchas los afeaban. Quizás hacían el mismo juicio de los europeos, cuya barba ocultaba gran parte de sus caras; y como todo está fundado sobre la opinión, lo que degenera en costumbre, parece bien conforme el viso con que se mira. No tenían armas como las nuestras, ni las conocían, porque enseñándoles los cristianos una espada desnuda, la cogían por los filos bobamente. No tenían noticia de cosas de hierro, y para labrar la madera se servían de piedras de ríos muy duras y agudas; y porque algunos tenían cicatrices, se les preguntó por señas la causa de ellas, y por señas respondieron que las habían recibido defendiéndose de las gentes de otras islas que venían á cautivarlos. Bien formado el cuerpo, de color aceituno, como los de Canarias: los más eran mozos de hasta treinta años, aunque había muchos viejos. Parecían de buena lengua é ingenio, porque volvían á decir con facilidad las palabras que oían una vez. Cualquiera abalorio que les daban les parecía precioso; y los cas-

tellanos por su lado, que se veían en un mundo nuevo, donde no veían cosa semejante al viejo, ni en árboles, ni en plantas, ni en pájaros, ni en hombres aún, no sabían si estaban despiertos, y les parecía todo un sueño. No había animales algunos en la isla, excepto papagayos, que venían á trocar por cascabeles y otras cosas de poca estimacion. Bastante algodón produce aquella tierra, y traían ovillos para rescatar hilado, y daban gran porcion por tres cuartos de Portugal, que no valian un cuatrin de Italia, y estos ovillos pesaban más de veinte y seis libras. En este comercio se pasó el dia, y llegada la noche se fueron los indios á tierra. Y es de advertir, que la liberalidad que mostraban, no provenia tanto de la estimacion que hacian de nuestras dádivas de vidrio y abalorios, sino porque, juzgando que los castellanos habian bajado del cielo, deseaban tener alguna cosa suya para memoria, pues no se hartaban de mirarlos. Hincábanse de rodillas, alzaban las manos, dando gracias á Dios, y se convidaban unos á otros á que fuesen á ver los hombres del cielo.

Embarcóse el dia siguiente el almirante para correr por la costa de la isla hácia el Norueste, por si hallaba algun puerto bueno, y halló uno tan capaz, que pueden caber muchos navíos cómodamente. Viéndole ir los bárbaros, le siguie-

ron á bordo en gran número; muchos nadando, otros en canoas, como podian, y preguntaban por las señas si venian del cielo.

El almirante á todos regalaba cuentas de vidrio y otras bujerías, hasta que llegó á una península habitable y donde podia hacer una fortaleza. Aquí tomó razon más despacio de estos isleños sobre la calidad de su tierra, y supo de ellos que su isla se llamaba Guanachani, y que los habitantes de su isla y de muchas otras circunvecinas se llamaban lucayos, y de allí ha venido el dar el nombre de Lucayas á todas las islas que están al Norte y al Oueste de las grandes Antillas y se terminan al canal de Bahama. La mayor parte de estos indios mansos, viniendo á bordo de los tres navíos de Colon, habian traído papagayos y algodón, porque les pareció que los castellanos habian hecho más aprecio de estas cosas, y se les dió en cambio campanitas, que se colgaban al pescuezo, y á las piernas fragmentos de loza, sartas de abalorios, que recibian con grande gusto.

Como todos querian tener de esas cuentas y campanitas, bien presto se hallaron los tres navíos llenos de algodón y de papagayos, que armaban un ruido y una algazara extraordinaria. No se vieron en ellos joyas ni cosas de precio, salvo algunas planchitas ó tejitas de oro que traían

colgadas á las narices. Preguntóseles de dónde venia aquel oro; respondieron que de la banda del Mediodía, adonde habia un rey que tenia mucho, señalando con las manos. Y entendiendo el Almirante que habia otras tierras, determinó ir las á buscar: y conociendo no ser aquella tierra la que buscaba, ni de tanta utilidad que pudiese poblar en ella, despidió á los indios, regalándolos muy bien y dejándolos muy contentos: y vuelto á sus navíos, tomó siete indios por intérpretes y navegó hácia otras islas que se veían desde la península. Llegó á una de ellas, distante siete leguas, el dia quince de Octubre, y le puso por nombre Santa María de la Concepcion; y sin detenerse en ella navegó el dia siguiente hácia el Oeste, ocho leguas á otra isla mucho mayor, cerca de la costa de aquella, que corre á Norueste Sueste más de diez y ocho leguas, y la llamó Fernandina, en memoria del Rey. Allí hizo aguada, y los indios vinieron á rescatar en la misma forma que los de las otras islas, porque toda la gente de ellas era de una misma calidad, aunque estos parecian de mayor advertencia, porque fiaban algo en el rescate y sabian rescatar. En sus casas tenian paños de algodón ó colchas, y las mujeres andaban cubiertas con una fajilla de algodón, y otras con un paño tejido, que parecia tela, desde el ombligo hasta me-

dio muslo, y las que no podian más se cubrian de hojas de árboles. Pareció esta isla muy llana, abundante de agua, con muchas arboledas, y algunos cerrillos verdes y graciosos que no habia en las otras, con infinita diversidad de pájaros diferentes de los de Castilla.

Entre otras cosas notables que se admiraron en aquella isla, fué ver los árboles que parecian engertos, porque tenian hojas y ramas de cuatro y cinco maneras producidas naturalmente. No hallaron animales algunos, sino lagartos ó iguanas, y algunas culebras.

No habiendo hallado el Almirante en esta isla más que en San Salvador y la Concepcion, pasó á otra, llamada Saomoto en lengua del país, á la cual puso por nombre Isabela, en honra de la Reina Católica, y tomó posesion de ella con las mismas formalidades que en todas. En fin, el dia veinte y ocho se halló cerca de una tierra muy dilatada llamada Cuba, y le puso el nombre de Juana, en memoria del Principe Don Juan, heredero de Castilla, sin saber aún si era isla ó continente. El nombre de Juana que le puso á esta isla, como tambien el de Fernandina, no han subsistido, habiendo siempre guardado la isla el que le habian puesto sus antiguos habitantes. El puerto donde el Almirante entró, es el que despues se llamó Baracoa, tomado es-

te nombre de un cabo que está á la entrada hácia el Leste. Se aprovechó de esta ocasion que se le venia á la mano, de un buen puerto para calafatear su navio y para dar sus órdenes, á fin que se reconociese bien la isla, donde le habian asegurado que abundaba en oro.

Hizo eleccion de dos castellanos con unos indios de San Salvador, y otro de Cuba, para el reconocimiento de lo interior de la isla, mandándolos entrasen en ella acariciando los indios que encontrasen en el camino. Despues de haber andado estos mensajeros como veinte leguas, no juzgaron por conveniente pasar más adelante, y á su vuelta refirieron haber visto gran número de pueblos hasta de cincuenta casas bastantemente grandes, todas de madera, cubiertas de paja, donde los habian recibido como hombres bajados del cielo; que los indios, uno á uno les habian llegado á besar los piés, los hombres primero y las mujeres despues, ofreciendo los dones que llevaban; que, entre otras cosas que les habian regalado, eran unas raíces á modo de nuestras batatas, que asadas sabian á castañas, y hoy se llaman *muniatos*, rogándoles mucho se quedasen con ellos; que por las calles de aquellos pueblos habian hallado mucha gente que llevaba un tizon encendido para hacer lumbre y zahumarse despues con algunas

yerbas que para este efecto llevaban consigo, y para tostar aquellas raíces que les dieron (que era su principal comida), y el fuego era fácil de encender, porque tenian cierta madera que apretado un leño con otro se encendia fuego; que el país era muy hermoso y a meno, lleno de infinitas especies de árboles y yerbas que no habian visto; que no habian observado, con todo, cosa muy especial sino una grandísima abundancia de algodón, que hilan aquellos pueblos no para vestirse, sino para hacer sus redes y hamacas, y hacer enaguas de mujer, á modo de pañetes, con que se cubren las indias; que habian visto gran diversidad de aves muy diferentes de las nuestras; que animales cuadrúpedos no habian visto ninguno, excepto perros que no ladraban, y otro animal que llamaban utias, que se asemeja al conejo, y deben de ser los que llamamos *cuyos*; que lo que sembraban eran muchas raíces de las mencionadas, y otro grano que llamaban maíz, de muy buen sabor, cocido ó tostado, ó hecho polenta, que en el día se llama *atole*. Preguntados despues si tenian oro, perlas ó especería, hacian señas de que habia grande abundancia hácia el Leste, en cierto paraje de que no estaban bien enterados, y en una tierra llamada Bochio, que es ahora la Isla Española, que ellos llamaban Babeche. Se supo

después que ese paraje que señalaban, se llamaba Cubanacán: tenía efectivamente oro, pero en pequeña cantidad. En cuanto á Bochío, no era nombre de país, sino que en su lengua quería decir una tierra donde había gran porción de pueblos y casas.

Tanto aseguraban al Almirante que había de encontrar oro en Bochío, que se empeñó á ir en busca de aquella tierra. Varios isleños de Cuba se ofrecieron á guiarle, y aceptó de buena gana sus ofertas. Su intento era el que enseñasen el castellano á algunos de esos indios, para informarse mejor de las particularidades de aquellas tierras, pues por falta de inteligencia en el idioma de esas gentes, se suelen perder unas noticias importantísimas ó caer en errores que podían traer perniciosas consecuencias, y así tomó algunos de ellos para que diesen cuenta de las cosas de la tierra, y mandó que los tratasen muy bien y los acariciasen. Por causa de los vientos nortes hubo de volver á un puerto de Cuba, que llamó del Príncipe, de donde muy cerca se veían muchas islas, pegadas unas á otras, y altísimas, y esta parte llamó el Mar de nuestra Señora. Salió de este puerto, y después de haberlas reconocido surgió á otro puerto grande y seguro, que llamó Santa Catalina por haber llegado en las visperas de su día. Aquí hizo agua y leña.

Halló un río en que podría entrar cómodamente una galera, y su hermosura le movió á andarlo con su barca y subirlo más arriba. La amenidad de la agua, en la cual se veía hasta las arenas del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que había hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, donde los pajarillos son tan varios y lindos, y el verde de los campos hacen á este país tan hermoso que sobrepuja á los demás en amenidad y belleza, todo esto le llevaba la atención; pero otro acacimamiento le inquietaba, y es que la Pinta, mandada por Martín Pinzón, se había desaparecido desde el día *veinte y uno*. Avisado este capitán por algunos indios, que llevaba en su carabela, de que en las islas de Bochío había mucho oro, codicioso de enriquecerse, se apartó del Almirante, sin fuerza de viento ni otra causa legítima, con el fin de llegar primero y aprovecharse grandemente de la noticia. Recibió el Almirante en el puerto de Santa Catalina avisos que le consolaron un poco, y encontró allí habitantes de la isla de Bochío, que ellos llamaban Haití. Le confirmaron las noticias de que en su isla había mucho oro, y sobre todo le aseguraron que encontraría gran porción en una tierra llamada Cibao. Ese nombre despertó las primeras ideas que tenía concebido del Cipango de Marcos Pablo de

Venecia. Se apresuró inmediatamente de navegar en su busca: metió á bordo de su navío, que era bien velero, estos mismos isleños que le habian dado tan agradables avisos y le habian prometido conducirlo á las minas de Cibao. Habiendo navegado el Almirante diez y siete leguas hácia el Levante por la costa de Cuba, llegó al cabo oriental de ella, y de allí partió para la Española, que son diez ocho leguas de travesía al Leste, las que anduvo en veinte y cuatro horas; y el día siguiente, día de San Nicolás, entró en un puerto bueno y grande, de mucho fundo, rodeado de espesas arboledas, que llamó San Nicolás, nombre que hoy tiene todavía. Bien hubiera querido el Almirante quedarse algun tiempo en el puerto de San Nicolás para el descanso de su tripulación, hacer aguada; y aprovecharse de esa detencion para descubrir la calidad del país; pero le inquietaba mucho la desercion de Martin Alonso Pinzon, que consideraba haberle llevado la delantera y podia haber llegado á las minas de Cibao; á más de eso, sus guías le decian que para dar con ellas era preciso caminar más adelante hácia el Leste. Pasó, pues, adelante la vuelta del Norte, y á poco andar vió una isla pequeña, que parecia tener la figura de una tortuga; y defacto, le dió ese nombre, y por el mal tiempo que sobrevino se vió necesitado de buscar un abrigo, y lo halló

en un pequeño puerto al Sur de la Española, que llamó de la Concepcion, y los franceses despues lo han llamado Port de Lécu. Continuando el mal tiempo y la mar estando muy embravecida, quiso el Almirante reconocer lo interior de esta isla Bochío, que era muy grande, y envió para este fin tres castellanos (otros dicen seis), y habiendo andado gran espacio de tierra, volvieron sin hallar gente. Dijeron cosas maravillosas de la tierra, que no podia ser mejor, llena de árboles semejantes á los de España: el mismo Colon habia oído cantar un pájaro, que le pareció ruiseñor en la melodía de su canto. Habiendo echado las redes en un rio muy agradable que corria por una llanura la vuelta del puerto, y tambien desde los navios, sacaron salmones, lenguados y otros pejes casi parecidos á los de Castilla, y así no dudaba que aquella isla fuese muy fértil y llena de riquezas. Determinó, en consecuencia, conformarla en el nombre, llamándola Isla Española.